CARLOS CRUZ

MAS ALLÁ DEL HONOR

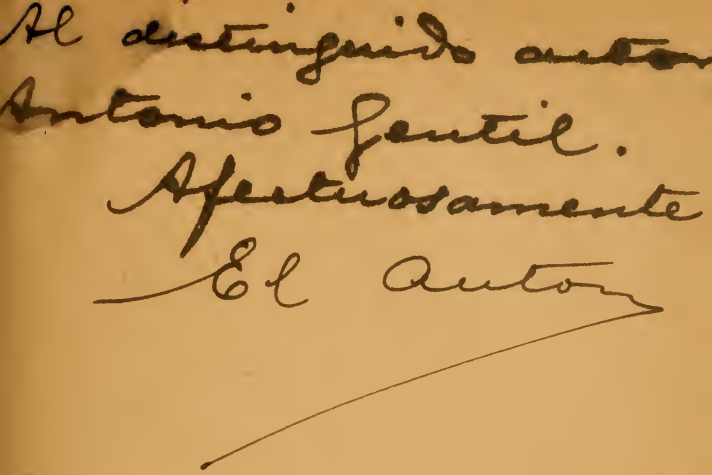
MCMXIII

CARLOS CRUZ

MAS ALLA DEL HONOR

COMEDIA EN DOS ACTOS

TIPOGRAFÍA DE N. VERA
REY REDONDO 49 Y NÚÑEZ DE LA PEÑA 53.-TELÉFONO 117
LAGUNA DE TENERIFE


Al distinguido autor
Antonio Gentil.
Afectuosamente
El Autor

DEDICATORIA

A Matilde Moreno

que al poderoso misterio de un arte supremo une los encantos de una mujer tierna, sencilla y buena, con esa dulce bondad que pone en las almas anhelos de fe, de amor y de justicia.

C. C.

COMPAÑIA DE
LIMITADA

REPARTO

609318

PERSONAJES	ACTORES
María Luisa . . .	MATILDE MORENO.
Elvira.	GUADALUPE MENDIZÁBAL.
Marta.	CLOTILDE GUERRA.
D.ª Braulia . . .	LUISA CALDERÓN.
César Víctor. . .	JOSÉ CALLE.
Ramiro	LUIS REIG.
Manolo	MANUEL GUTIÉRREZ.
Luis.	FRANCISCO R. ROZ.
Un criado	ALFREDO PARED.

ACTO PRIMERO

Despacho artísticamente decorado. Mesa escritorio, biblioteca, pinturas, yesos, retratos y todas esas bagatelas que dan la sensación de que manos cuidadosas las ordenan con esmero femenil.

Hay en todo ello un plácido bienestar, una tranquila intimidad, un ambiente de hogar feliz, de paz y de amor. Refugio de almas gemelas que, en las soledades del humano vivir, se tienden las manos.

ESCENA PRIMERA

CÉSAR VÍCTOR: *espíritu ansioso de justicia, vasallo del deber, busca la verdad en la vida y en los libros; es todo un carácter dispuesto a romper con los prejuicios de la sociedad y de la conciencia. Trabaja.*

MARÍA LUISA: *posee esa serena belleza que se nos entra por el alma sin pasar por las encendidas puertas del deseo; su boca, flor de gracia, diríase haber sido loada por Baltasar de Alcázar en el más sutil de sus madrigales. Tiene la alegría ingenua de la bondad, pero en el misterio de sus divinos ojos colúmbrase una dulce melancolía. Ama a Cé-*

sar Víctor con todas las fuerzas de su espíritu y para embellecerle el trabajo le trae, siguiendo inveterada costumbre, un manojo de flores.

MARÍA LUISA

¡Qué trabajador! Bonito modo de festejar el primer aniversario de nuestra boda.

CÉSAR VÍCTOR

Tienes razón, hoy es necesario holgar. Dedicaremos el día a los recuerdos. ¡Un año que se unieron nuestras vidas!

Qué rápida ha sido su marcha, sólo ha vivido un sueño, un bello sueño de amor.

MARÍA LUISA

Una bella realidad que se ha de prolongar por los siglos de los siglos, ¿verdad, esposo mío? Si tú vieras cuánto gozo yo pensando que hemos de llegar a viejos, queriéndonos

siempre como ahora, soñando en cada amanecer con nuevas ilusiones. ¡Ilusiones de viejos!

Saldremos a buscar el sol, y en el jardín, sentados en el banco donde nuestros abuelos se juraron amor, recordaremos los días de la mocedad, estos días de hoy, los de nuestro noviazgo...; y cuando la añoranza haya prendido en el alma, cuando nuestras manos se busquen y nuestros ojos cargados de dulce nostalgia se digan sus cuitas, ver como un rapazuelo rubio, con melenilla de oro, rompe el hilo del pasado y nos grita: ¡abuelitos, un beso!...

CÉSAR VÍCTOR

Chica, pues no corres tú por el camino de los sueños...

Pero piensa que la vida no es un sendero que nos conduce al término sin dar vueltas y revueltas. Lo imprevisto, lo fatal nos sale al encuentro a cada paso y a medida que avanzamos, en el camino se rompen las sandalias; los pies sangran, y aquí, en este recodo, dejamos sangre del cuerpo y en aquel otro sangre del alma.

Nuestro primer año, es decir, la primera jornada de nuestra vida ha sido fácil, alegre, llena de luz, nos ha sonreído la felicidad y a nuestra marcha el campo se ha cubierto de flores. ¡Rosas de pasión! ¿Llegaremos al final con igual suerte? No lo sé, ni quiero saberlo. Venga la adversidad siempre que a mi lado estés tú, yo lucharé y sólo aspiro a obtener como recompensa, como gloria, tus brazos encadenados a mi cuello, amada mía.

MARÍA LUISA

Triste me han dejado tus filosofías. ¿Porqué ver la vida entre sombras? ¿Nuestro amor no está por sobre todo, no es más fuerte que la fatalidad? Pues cerremos con doble llave la puerta de nuestra dicha y a ver quien es el osado que la abre con ganzúa.

CÉSAR VÍCTOR

Es verdad. La juventud, los sueños, el amor, todo lo que enaltece la vida está con nosotros, ridículo sería poner a esta bella página el comentario del escepticismo.

Tus flores, las flores con que tu amor embellece mi trabajo me dan un alto ejemplo.

Viven un instante y mueren en exaltación de aroma. Sea así mi vida: romero que da flor, cerebro que da ideas.

MARÍA LUISA

Sé tú el romero y yo la abeja. Me conformo con picarte en el corazón.

CÉSAR VÍCTOR

¡Dulce picada!

MARÍA LUISA

Manolo y Elvira vendrán a vernos. Si tienes que salir, ya sabes, lo haces pronto y no tardes en volver, pues no me agrada que no te encuentren.

CÉSAR VÍCTOR

Saldré un momento para ver a Martini y terminar el asunto del automóvil, pero esperaré por Manolo y él me acompañará. Quiero que lo estrenemos esta tarde. Iremos al campo.

¿Estás contenta?

MARÍA LUISA

Mucho. ¿Cómo no estarlo junto a tí, el hombre más bueno y de más talento?... A veces, si tú vieras, siento unos deseos rabiosos de decirle a todo el mundo: sí señores, es mío, sólo mío, vosotros aplaudid sus libros y sus discursos que no los merecéis, porque sois tontos y no podéis comprender su obra, yo sí, yo la comprendo, yo la siento, porque a falta de vuestras antiparras ahumadas por la ciencia, tengo ojos en el corazón, soy la amada del artista y el amor me lleva a las cumbres adonde vosotros no podéis subir... Todas estas cosas les diría yo a esos caballeritos que se pasan la vida mordiéndote, afilando las uñas en la sombra.

CÉSAR VÍCTOR

¿No comprendes que ese es mi mayor estímulo? ¿Tal vez el mejor elogio de mi obra?

La sociedad como la mujer—y tú perdona el símil—tiene un enorme sentimiento de coquetería; si el escritor halaga su vanidad, el triunfo es fácil, llano; si, como yo, tiene la desgracia de ser sincero y mostrarle sus fealdades, surge la opinión, las luchas se enta-

blan y el viejo buitre de la crítica picotea las entrañas del nuevo Prometeo.

MARÍA LUISA

Pero este Prometeo está encadenado á la roca de mi amor.

CÉSAR VÍCTOR

Con cadena de flores.

MARÍA LUISA

Que no mereces, caballero D. César, porque eres muy mal marido... sí señor, muy mal marido, porque vamos á cuentas. ¿Te parece á tí bien que, mientras yo vivo en deseos de estar á tu lado charlando de nuestras cosillas, estés tú entre tanto librote, que de seguro no ha de decir nada bueno?.... Sí, sí, ríete, si ya lo sé, si no me quieres, si hoy hace un año que nos casamos y son muchos días para no aburrirse de su mujer. Pero lo que V. no sabe, señor esposo, es que tiene un rival, un rival temible, poeta, y claro, como mi marido con sus trabajos tan serios nunca tiene tiempo para hacerme unos ma-

los versos, éste me dedica cada madrigal... Espera, verás como recuerdo alguno:

Ojos claros, serenos
si de dulce mirar sois alabados...

CÉSAR VÍCTOR

Muy hermoso y sobre todo muy nuevo.

MARÍA LUISA

Tirándole del pelo con mucho mimo.

Pero enfádate hombre, enfádate, tonto, feo.

CÉSAR VÍCTOR

¡Qué chiquilla y que buena eres! ¡si vieras como has transformado mi vida!

Tu alegría, tu juventud de tal modo ha penetrado en mi ser, que el alma es luminosa como si estuviera bañada por un sol. La vida fría, mi vida de antes, sin cariño, sin un estímulo poderoso que me hiciera desperezar de mi eterna indolencia, es algo soñado, lejano; ahora vivo la vida intensa del amor y del trabajo; y este cambio es obra tuya, de

mi mujercita, de la amada del poeta, porque el poeta ridículo que loa tu belleza con madrigales de Cetina soy yo, yo que jamás escribí un verso, pero que al asomarme á tus ojos divinos, misteriosos, rimo la más gentil estrofa que compusiera poeta alguno: un beso en el broche de tu boca.

Se besan enamorados.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS. MANOLO Y ELVIRA.

Es un matrimonio joven, alegre y simpático. Sin atormentarse con hondas indagaciones espirituales, viven la vida en juveniles exaltaciones, muerden la poma del placer, cuidando no paladear el agridulce del hastío.

MANOLO

Por nosotros no se preocupen y continúen Vds... ¡Bravo, muy bien! Chico, lo he visto y aún lo dudo. Un año de casado y lisonjeas como un D. Juan cursi á tu mujer.

MARÍA LUISA

Elvira, un abrazo. ¿Qué tal Manolo?

ELVIRA

Felicidades María Luisa, felicidades César Víctor.

MANOLO

César Víctor, siento decirte que no me puedo alegrar de tu dicha, porque envenena la mía. Mi mujer anda á caza de matrimonios modelos para ponérmelos de ejemplo y me amarga la existencia con sus comparaciones: Que si César Víctor le hace cucamonas á María Luisa, que si César Víctor le regaló á María Luisa un collar de perlas, que te fijes en la conducta de César Víctor... en fin que mi casa está bajo el despótico imperio de César y un día despierto belicoso y me siento Bruto.

ELVIRA

Eso ya lo eres.

MARÍA LUISA

Un millón de gracias por tu regalo, una monada.

CÉSAR VÍCTOR

Muy hermoso, Elvira. Son Vds. muy buenos amigos.

ELVIRA

Un recuerdo muy grande y un obsequio muy pequeño.

MANOLO

¿Sabéis ya la noticia?

MARÍA LUISA

No. ¿Cuál?

ELVIRA

La llegada de tu primo.

MARÍA LUISA

¿Ramiro!...

MANOLO

Sí, ha llegado ayer. Hoy le he visto y por

cierto me dijo que más tarde vendría á saludaros.

CÉSAR VÍCTOR

Me alegro de verle. ¿Viene cambiado ó es siempre el mismo?

MANOLO

Viene transformado. Su antigua vida la dejó aquí al embarcar para América. Hoy es un hombre de trabajo que ha logrado crearse una buena posición. Permanecerá aquí poco tiempo, el preciso para arreglar un asunto que tiene pendiente.

ELVIRA

Vendrá por su legítima.

MANOLO

No lo sé, no me dijo, pero sospecho que no se trata de intereses.

CÉSAR VÍCTOR

Siempre pensé que Ramiro no era tan cul-

pable como en su casa creían. Su padre le trató con excesivo rigor, fué cruel en el castigo y avaro en el consejo. Y los hombres dependen tanto de la suerte... Somos muñecos que el destino maneja á su antojo, y así vemos que un ser pequeño, de voluntad endeble, realiza una obra grande, mientras otro infinitamente superior fracasa en un mediano intento.

Ramiro, en mi concepto, era un irresponsable, víctima del medio ambiente, ruín por cobardía, fruto de una sociedad podrida, donde toda idea de humanidad naufraga en el vacío. Abandonó un mundo viejo, sin ideales, sin grandeza, en el cual se derrumbaba el edificio de la fe aplastando á los dioses, y en América se encuentra frente á frente á un pueblo juvenil, soñador, emancipado de prejuicios, pone amor al trabajo, cambia la piel y de la lucha sale un hombre nuevo.

ELVIRA

A María Luisa.

¿Qué tienes? Estás pálida. ¿Te sientes mal?

MARÍA LUISA

No, nada. Me duele un poco la cabeza, pero ya se pasa.

MANOLO

La dureza de los padres es con frecuencia causa de la perdición de los hijos, llevan su rigor hasta la crueldad, y el padre de Ramiro fué cruel arrojándole de la casa.

Cierto que la vida que él hacía era de una depravada inmoralidad.

ELVIRA

Pero, ¿quién sabe si lo que no pudo la severidad lo hubiera logrado la ternura?

CÉSAR VÍCTOR

Tal vez, porque en el fondo, Ramiro no es malo, es un impulsivo falto de un cariño verdad, de un amor limpio que le ennoblezca la vida.

MANOLO

¿Y tu libro cuando se publica?

CÉSAR VÍCTOR

Pronto. Hoy precisamente he enviado las últimas cuartillas al editor. Espero que en este mes estará en la calle.

MANOLO

Haciendo más ruido y escándalo que el anterior.

CÉSAR VÍCTOR

Tal vez. La crítica no perdona mis rebeldías.

ELVIRA

¿Cómo se titula, César Víctor?

CÉSAR VÍCTOR

«La Samaritana». Este libro lleva la alta misión de desentumecer las conciencias. Está inspirado en las bellas palabras de Jesús:

—Dame de beber, dice Cristo á la Samaritana, y ésta le contesta: ¿Cómo tú, siendo judío, me demandas á mí de beber? ¿acaso ignoras que los samaritanos odian á los judíos?

—Dame el agua de tu cántaro, mujer samaritana, que yo te daré el agua de mi amor. Del amor que es fuente de agua viva.

ELVIRA

¡Qué hermoso!

CÉSAR VICTOR

Estas palabras pronunciadas por el divino poeta de Galilea debieran ser puente de luz que uniera todas las conciencias.

MARIA LUISA

Es verdad.

CÉSAR VICTOR

Yo tengo fe profunda y sincera en las palabras de Cristo, en la razón y en el amor redimiendo á la humanidad, en esta augusta trinidad que, personificándola, tiene un solo

nombre: Dios; y espero, y lo anuncio en mi libro, ese dia glorioso en que las madres de Oriente y las madres de Occidente sellen con un beso, como el hijo de Judea y la hija de Samaria en el pozo de Jacob, la paz de sus hijos. El cántaro de mi Samaritana aguarda á los sedientos, su agua es agua viva, agua de amor.

MANOLO

Pero no irán á beberla, la humanidad no evoluciona ni por la fuerza de las palabras ni por la fuerza del amor: el odio ha sido la matriz de todas las revoluciones.

ELVIRA

No discutáis cosas graves. Manolo, no olvides que luego iré á ver á Conchita Peña y allí te espero.

CÉSAR VÍCTOR

A propósito Manolo, acompáñame á casa de Martini para terminar la compra de un auto.

ELVIRA

¿Compráis un automóvil?

MARÍA LUISA

Es un obsequio que quiere hacerme hoy César Víctor.

ELVIRA

Mira, Manolo...

MANOLO

Ni una palabra más... sé lo que vas á decirme: que César Víctor... pero pierde cuidado, tendrás automóvil también. Y tú hazle todas las zalamerías y regalos que quieras á María Luisa, pero por Dios, que no se entere mi mujer.

CÉSAR VÍCTOR

Elvira, hasta la noche. Ya sabéis que comeremos en familia.

ELVIRA

Adios.

ESCENA TERCERA

MARÍA LUISA Y ELVIRA

ELVIRA

¡Qué bueno es César Víctor! ¡Cómo debes quererlo!

MARÍA LUISA

¿Qué si le quiero? Con todas las ansias de mi alma y de mi carne. Amor, admiración, gratitud, todos estos sentimientos palpitan en mi corazón por ese hombre, y es tan grande mi cariño que, á veces, el frío de un presentimiento muy triste me muerde las entrañas. ¡Temo perderle!

ELVIRA

¡Perderle! Qué niña eres! Si por muy grande que sea tu amor, mayor es el suyo!

MARÍA LUISA

Es verdad, pero he leido en libros de sabios que la felicidad no es de este planeta, y

este amor es arca de todas las felicidades del cielo y de la tierra.

ELVIRA

Teorías de sabios tontos que no supieron de amores.

MARÍA LUISA

César Víctor llegó á mí cuando más necesitada estaba de una ilusión, de un amor verdad: huérfana y pobre, recogida por unos parientes, sentía un enorme vacío en mi ser. ¿Qué iba á ser de mí en una sociedad corroída por el egoismo y el interés, en la cual los hombres antes de mirar los ojos de una muchacha consultan su dote? Mi porvenir era el porvenir de todas las chicas sin fortuna educadas para señoritas: mucho para un obrero, poco para un muchacho de posición y si es guapa, el tipo ideal para amante.

Pero pasó por mi vida y por mi alma César Víctor y florecieron todas mis ilusiones, todos los bellos sueños de la juventud, y lo quise por su bondad, por su talento, por su

desprecio á las miserias humanas y sus líricas exaltaciones de hombre y de poeta. Y mi corazón despertó como una alondra bañada en sol.

ELVIRA

César Víctor posee ese misterioso encanto de ganar voluntades. ¡No es posible tratarle sin sentir por él profunda simpatía. Luego, aunque procure que quede oculto, todos conocemos sus obras de caridad. Los desgraciados le quieren como á un padre y los ricos, los ricos, chica, censuran su propaganda.

MARÍA LUISA

Sí, él dedica el producto de sus libros, que es una fortuna, á los pobres, á los obreros que carecen de trabajo.

ELVIRA

Le han querido hacer diputado.

MARÍA LUISA

Con gran empeño; pero él odia la farándula política. No quiere que lo cataloguen en ningún partido. Combate á unos y á otros, busca la verdad y la verdad no la encuentra sino en el amor, en el amor redimiendo á la humanidad, como acabas de oirle.

ESCENA CUARTA

DICHOS Y MARTA

MARTA *tiene el encanto de la belleza y de la juventud; en su alma ha prendido una dulce quimera y sedienta de amor, desfallece al borde de una fuente.*

MARTA

Un abrazo, María Luisa. ¿Qué tal, Elvira? Chica, he salido yo misma á comprar un insignificante recuerdo. Mírale.

MARIA LUISA

¡Qué preciosidad de abanico, es un encanto! Paisaje á lo Watteau. Eres muy amable.

ELVIRA

Muy bonito. El varillaje es de un gusto exquisito.

MARTA

No sabes lo que lamento no poder comer con ustedes, pero tenía con anterioridad un compromiso con Lola Aguilar; sin embargo os prometo tomar el café aquí.

MARÍA LUISA

Cuánto lo siento, nosotros contábamos contigo. Comeremos en familia. De fuera, Elvira y Manolo; pero de todos modos quedas comprometida á tomar el café. No te hagas esperar.

ELVIRA

¿Cómo van tus amores, cuándo os casáis?

MARTA

No lo sé, ni quiero saberlo. A veces me pregunto: ¿estaré lo suficientemente enamorada de Luis para casarme? Pero la juventud se marcha de prisa, y para vosotras, las amigas bien casadas, es de una espantosa cursilería permanecer soltera á los veinte y cinco

años. Mi rebeldía prolonga este momento definitivo de la vida en espera de una poderosa ilusión que engrandezca mi amor y, amigas mías, no llega. Luis es de una perfecta vulgaridad.

MARÍA LUISA

Y tú, una soñadora, una romántica.

MARTA

Sueños, romanticismo: lo único noble que nos queda de la raza. ¿Por qué quererlos matar con frías realidades que no nos hablan ni al alma ni al corazón?

ELVIRA

Es verdad; á las mujeres no hay que arrancarnos los sueños, todas soñamos, y desdichado del hombre que no puede despertarlos en su amada. La felicidad es un sueño, un sueño que precisa velarle con la ternura con que se vela el reposo de un enfermo amado.

MARTA

Yo llevo camino de velar eternamente.

MARIA LUISA

¿Hermana de la caridad?

MARTA

No. Hermana del amor, que también es caridad.

ELVIRA

María Luisa, te dejo. Voy á ver á Conchita.

¿Tú te quedas, Marta?

MARTA

No, salgo contigo. Adios, chica, dale mis recuerdos á César Víctor y que no olvide mandarme su último libro, con dedicatoria.

MARIA LUISA

A la noche se lo dirás tú misma.

MARTA

Es verdad, qué tonta...

MARÍA LUISA

Hasta luego.

ESCENA QUINTA

MARÍA LUISA Y A POCO RAMIRO

RAMIRO *es un hombre de pasiones, un impulsivo, un cínico sin otra ley que su amor.*

MARÍA LUISA

¡Tú aquí! ¿qué buscas?

RAMIRO

Vengo por tí.

MARÍA LUISA

¡Infame!

RAMIRO

Todo lo infame que tú quieras, todo lo miserable; pero esta infamia y está miseria son hijas de un sentimiento tan grande que las dignifica: mi amor; de tal madre tales hijas.

MARÍA LUISA

Sal pronto.

RAMIRO

Sí, saldré; pero no tan pronto como quieres, tengo que hablarte mucho... Hice el viaje desde América sólo por este momento y no es cosa que yo, que he tenido en estos últimos tiempos la suerte de que todos aquellos negocios en que jugaba el dinero me saliesen bien, pierda éste en que juego la vida.

MARÍA LUISA

Si quieres que tu recuerdo que tanto me atormenta, no se convierta en eterna maldición, vete, vete, por Dios, por tu madre, ó por lo que quieras, si es que tu corazón ha querido á alguien.

RAMIRO

Por Dios, por mi madre... ¡No! Por tí, por tí saldría si no pensara llevarte. Óyeme.

MARÍA LUISA

Déjame ó llamo y te hago echar por mis criados.

RAMIRO

No, no lo harás. ¿Qué ganarías? Delatarte tú misma. De la vida sólo he aprendido que el fuerte vence siempre y en esta ocasión soy fuerte, mis armas invencibles; con que no tiembles y óyeme.

Me arrojaron de mi casa mi padre y tu amor; mi padre cometiendo una injusticia que ya le he perdonado, tu amor prometiéndome nueva vida, exigiendo mi regeneración. Aquí estoy regenerado.

Marché á un mundo nuevo, donde no tenía compromisos que torcieran mis propósitos y fuí otro. Rompí los harapos que envolvían mi carne y mi alma y, estimulado por tu amor, emprendí ruda lucha de trabajo, la voluntad no flaqueó un instante, todo lo que antes me arrastrara tras el vicio, juego, mujeres, en vano intentaron torcerme: una idea, un pensamiento libre de mancha se levanta-

ba en la soledad de mi existencia y me daba fuerzas para la lucha, y en la lucha vencí, porque tú, María Luisa, eras aquel pensamiento blanco, limpio de mácula que, como un faro, iluminaba el desierto de mi vida.

MARÍA LUISA

Calla... No sigas, el deber me prohibe escucharte. Amo á un hombre con todas las fuerzas de mi alma y si le ultrajé con mi silencio, no quiero ultrajarle con tus palabras.

RAMIRO

¡Le amas!... ¡Con cuánto odio he mordido en mis terribles soledades este pensamiento!... Tú de otro, tú que me diste tu carne...

MARÍA LUISA

¡Mientes, canalla, no te la dí, me la robaste!

RAMIRO

¡Canalla! ¡Canalla me has dicho! Pues bien, sea! Canalla, comienza tu obra.

Vengo por tí y tengo dos medios de lle-

varte, uno tu propia voluntad, otro mis garras, y éstas no te sueltan..

Hoy mismo para que festejéis vuestro primer aniversario de amor, sabrá César Victor, que fuiste mía, que le has engañado... y te arrojará de su casa, te arrojará de su corazón.

MARÍA LUISA

¡Cobarde! Anda no tardes en decírselo, porque si tardas seré yo quien se lo diga. Ahora me siento tan miserable como tú, por haber sido tuya.

RAMIRO

¿Pero no comprendes, mujer, que esta infamia está engendrada en el vientre de la pasión? Quiero hundirte, envilecerte, arrojarte al desprecio de la sociedad, para que luego mi amor, más grande que todos los desprecios, más fuerte que todos tus odios, te gane con las ternezas de mi corazón, con los cariños dormidos en mi alma. Será tan dócil mi amor, tan muda mi adoración, que vendrás

á mí con los brazos abiertos y serás mi Dios, mi madre, todas aquellas cosas que los hombres aman y que yo no he conocido.

ESCENA SEXTA

DICHOS Y CÉSAR VÍCTOR

CÉSAR VÍCTOR

¡Ramiro! Un abrazo, chico.

RAMIRO

Tendiéndole la mano.

César Víctor...

CÉSAR VÍCTOR

Ya sabía por Manolo Ruiz que habías llegado. ¿Comerás con nosotros?

RAMIRO

No. Solamente he venido á saludaros y me marcho ya; además quiero que no os falte en este día, primer aniversario de vuestra boda, mi recuerdo y pronto os enviaré, te enviaré César Víctor, mi presente.

CÉSAR VÍCTOR

A María Luisa.

¿Pero tú, qué tienes, porqué lloras?

MARÍA LUISA

Nada.

RAMIRO

Después de tanto tiempo sin vernos... hemos hablado de cosas pasadas, de nuestros viejos, de nuestros muertos, los muertos que llevamos en el alma que á veces resucitan, y los recuerdos la han entristecido.

Conque María Luisa... César Víctor, felicidades, muchas felicidades.

CÉSAR VÍCTOR

¿Pero te vas sin contarnos nada de tu vida?

RAMIRO

No te impacientes, pronto sabrás de mi. Adios.

CÉSAR VÍCTOR

¿Qué le pasa á este chico que se marcha apenas llego?...

Y tú, ¿qué tienes... porqué lloras?...

ACTO SEGUNDO

Gabinete elegante en casa de César Víctor.

ESCENA PRIMERA

Terminada la comida, María Luisa, Elvira, César Víctor y Manolo toman café y licores.

CÉSAR VÍCTOR

El paseo muy agradable, estoy contento con la compra, es un buen automóvil.

MANOLO

Magnífico. Es un gran placer ver como á su marcha se reduce, se acorta la distancia. El automóvil ha sido, tal vez, el invento más

en harmonía con nuestro espíritu moderno, inquieto, ansioso en cada hora de nuevos horizontes, queriendo ver y gozar todo en desenfrenada carrera de vértigo.

CÉSAR VÍCTOR

Como si á cada instante temiéramos perder la vida y se intentara prolongarla en un vuelo ó en una carrera de muchas leguas por hora.

ELVIRA

Te encuentro triste, ¿qué te pasa, no estás contenta? Apenas si has comido.

MARÍA LUISA

El paseo no me sentó muy bien, tengo un ligero mareo.

ELVIRA

Si quieres recogerte, por nosotros ya sabes...

MARÍA LUISA

No, de ningún modo, estaría peor; quiero distraerme, el café me aliviará de seguro. Además espero que vendrán Marta y su madre como nos prometió, y tal vez Luis.

MANOLO

Y á propósito, ¿á qué espera esa pareja para casarse?

ELVIRA

Esta tarde le hicimos nosotras igual pregunta a ella y no nos supo contestar. Yo creo que entre ellos media una enorme diferencia de caracteres.

CÉSAR VÍCTOR

Siempre he creído que no es Luis el hombre con quien sueña Marta. Ella es una chica encantadora, con una hermosa preparación espiritual, alma exquisita, sensible como un arpa a las vibraciones interiores. Luis, por el contrario, es una fortaleza cerrada a las

voces del espíritu. Ama a su novia, con amor honrado, es verdad, pero un amor sin ideales, sin exaltaciones, todo en él es metódico, calculador; diríase que su cariño es producto de la razón, de la razón que le dice que sus padres se amaron y que él debe continuar la tradición, casarse, tener un hijo, dedicarlo al comercio.

MANOLO

De seguir la tradición de su raza le dedicará a la usura. Es una profesión de mucho provecho.

MARÍA LUISA

Y a Marta, desde pequeña, en el colegio la llamábamos la soñadora. ¡Qué imaginación la suya, viajando siempre por la luna!

ELVIRA

Sin embargo para su situación material sería una hermosa solución: Luis posee una gran fortuna.

CÉSAR VÍCTOR

Sí, su padre le dejó un capital muy sólido, que él ha aumentado considerablemente.

MARÍA LUISA

Sirviéndole a Manolo.

¿Qué prefiere Vd. Manolo? ¿Chartreuse ó cacao?

MANOLO

Cacao, que es bebida de poetas y de mujeres.

CÉSAR VÍCTOR

¿Estás también tocado de romanticismo?

MANOLO

Romanticismo de benedictino, que es la orden religiosa de todas mis simpatías.

ELVIRA

Por los licores.

MARÍA LUISA

¿Y tú, César Víctor?

CÉSAR VÍCTOR

Un poco de cognac. Ya que eres tan amable me servirás también un poco más de café.

MARÍA LUISA

¿Sin propina?

CESAR VÍCTOR

Con una espléndida propina que te daré... cuando estemos solos.

ELVIRA

Por nosotros, puede V. anticipársela, es día de ser pródigo...

MANOLO

Lo malo es que le das un nuevo argumento a mi mujer... pero en fin, Elvira, no quie-

ro que el beso de este matrimonio feliz me remuerda la conciencia...

Queriéndola besar.

ELVIRA

Rechazándole.

¡Tonto!

ESCENA SEGUNDA

DICHOS. MARTA, D.ª BRAULIA y LUIS

MARTA

Fiel cumplidora de mi palabra aquí me tenéis. César Víctor, que esta felicidad se prolongue eternamente.

CÉSAR VÍCTOR

Gracias, Marta. Ya he visto el abanico, muy hermoso.

MARTA

¿Qué tal Manolo?

MANOLO

En este instante muy bien, admirando a las chicas guapas. Mi señora D.ª Braulia.

DOÑA BRAULIA

No hemos querido dejar de saludar a César Víctor y a María Luisa y hemos entrado un momento.

MARÍA LUISA

Os esperábamos. Marta me prometió que ya que no podía comer con nosotros no faltaría a tomar el café.

LUIS

María Luisa, César Víctor, ya sabéis que me asocio a vuestra dicha.

CÉSAR VÍCTOR

Gracias, Luis.

ELVIRA

¿Cuándo hemos de felicitarles a Vds. Luis? ¿A qué espera V.? Un muchacho rico, sin familia. ¿Tanto apego le tiene a la soltería?

LUIS

Sobre este particular les toca responder a Marta y a D.ª Braulia. Yo quisiera apresurarlo, mis negocios a la verdad van bien, pero necesitan que se les dedique más atención. Marta pudiera ayudarme...

MANOLO

¿Piensas darle la plaza de tenedor de libros?

LUIS

No, hombre, no; pero mi casa está abandonada, entregada en manos de criadas, y ya comprenderán Vds. que me hace falta una mujer que se interese por todas estas cosas; yo mismo quiero reglamentar mi vida, ordenar mis costumbres, yo soy esclavo del orden, sin orden no hay bienestar, sin orden los negocios fracasan y yo tengo que velar por mis intereses.

MARTA

A César Victor aparte.

Ya lo oye V., amigo mío, mi novio no ve en la mujer sino el espíritu del orden. Necesita, no un amor que embellezca la vida, un socio que le ayude a defender sus negocios, y yo francamente no reúno condiciones de dependiente de comercio; que busque otro, será lo mejor. Lo que me duele es que no es

malo, es bueno y me quiere a su modo, pero no como he soñado yo que me quieran. ¿Qué sabe él de eso?

CÉSAR VÍCTOR

Luis es un hombre de su siglo. Nada de sueños, nada de ilusiones, la realidad con sus números, con el tanto por ciento. Nosotros somos los equivocados, hay que hacer enmudecer nuestro propio espíritu.

Un criado sirve café y licores.

MARÍA LUISA

¿Habéis estado en el baile de la Marquesa del Peñal?

DOÑA BRAULIA

Sí, por cierto estuvo brillantísimo, las chicas todas muy guapas, Conchita y Luz Peña estaban monísimas. ¿Cómo así no fuiste tú María Luisa?

MARÍA LUISA

César Víctor tenía mucho que hacer y me agradaba más acompañarle.

¿Qué prefiere V., Luis, cognac, chartreuse?...

LUIS

Cognac. Gracias.

ELVIRA

Manolo y yo estuvimos un momento. Estaba muy agradable. La marquesa tiene un gusto exquisito y sus fiestas son encantadoras. En ellas no falta detalle.

MANOLO

Luz, flores, chicas, guapas, señoras mayores entregadas a la dulce murmuración y una tolerancia versallesca.

CÉSAR VÍCTOR

La marquesa es una señora muy amable; como no tiene hijos, ni graves preocupacio-

nes, su aspiración constante es amenizarle la vida á sus amistades.

LUIS

Cosa que con frecuencia logra más á costa de su reputación, que de sus reuniones.

DOÑA BRAULIA

Su vida se presta á la murmuración: joven, separada de su marido... pero nadie concreta un hecho que haya puesto en peligro su honor.

MARTA

Fué la suya una separación sin ruido, sin escándalo, de perfecto acuerdo uno y otro, sobre la que corren muchas y muy regocijadas leyendas; pero en el fondo lo que hay es que no congeniaban; él es un hombre taciturno, corroído por todos los celos; ella alegre, frívola, enamorada de la vida, y esta diferencia de caracteres daba lugar á constantes disgustos. Así al menos me lo ha contado ella misma, y yo lo creo.

LUIS

No, la causa de la separación fué más honda; cierto que el marqués es hombre celoso, pero cierto es también que su mujer le daba motivos para sus celos.

Entra un criado con una bandeja en la cual trae un paquete.

CRIADO

Para el señor.

CÉSAR VÍCTOR

Déjale en la mesa.

ELVIRA

No profundicemos en este asunto, la sospecha va siempre más allá de la verdad.

CÉSAR VÍCTOR

Tiene V. razón, Elvira, la sospecha va más allá de la verdad. Sospechamos de todo y

de todos, de nosotros mismos y de los demás, sólo que hay sospechas de regocijo, de farsa, sospecha ligera que se extingue como una burbuja, que pasa sin dejar rastros; pero hay otras que se nos clavan muy adentro, muy adentro, en el alma misma y esa sospecha queda, queda á pesar de la verdad, nos desgarra las entrañas, nos atormenta, nos mata todas nuestras alegrías y nos acompaña por la vida como una maldición.

MARTA

A María Luisa.

¿Por qué estás tan pálida, te sientes mal?

MARÍA LUISA

No, Marta, no es nada. Un poco de cansancio.

DOÑA BRAULIA

Pero las mujeres debemos de poner entre el honor y la sospecha, una muralla.

MANOLO

Entre el honor y la sospecha no cabe sino una promesa de amor, créalo V. Doña Braulia, y cuanto más sólida la muralla más grande el placer de derribarla.

DOÑA BRAULIA

De muchas sé yo que no se han derribado. Las mujeres tienen más alto concepto del honor, del que ustedes, los hombres, creen.

LUIS

Es el miedo al escándalo.

CÉSAR VÍCTOR

El honor es una palabra elástica, acomodaticia, un convencionalismo de la sociedad, que establece jerarquías en los dominios de la conciencia. ¿Quién es nadie para lanzar el estigma del deshonor sobre los caídos?

Si cayeron por hambre, por amor, ¿de qué se les acusa?

¿En nombre de que Dios se les prohibe la entrada en el templo?

MARTA

Tiene V. razón, César Victor, la sociedad ha desorientado de tal modo el concepto del honor, que ya no es aquel sentimiento del deber y del bien, sino un manto con el que cubrimos las manchas de nuestro propio espíritu.

CÉSAR VÍCTOR

Pero la humanidad tiene que derrumbar esta vieja moral, á cuya sombra se amparan los hipócritas, los de alma encorvada, para reconstruir una moral llena de luz, de fe, de amor...

MARÍA LUISA

La que predicara Cristo.

CÉSAR VÍCTOR

Sí, la que predicara Cristo, la moral del

perdón, del amor, la que los hombres han descoyuntado.

LUIS

La moral es el respeto á la propiedad, á la hacienda y á la mujer ajena.

MARTA

No, Luis, eso no es la moral, eso es egoísmo.

LUIS

Ya lo dice el refrán: la caridad bien entendida empieza por uno mismo

DOÑA BRAULIA

Cada loco con su tema.
Y ya que hemos tenido el placer de saludar á Vds. nos marchamos.
María Luisa, César Víctor...

CÉSAR VÍCTOR

Señora... Adiós, Marta.

MARTA

No olvide mandarme su último libro.

CÉSAR VÍCTOR

El primer ejemplar será para V. Buenas noches, Luis.

ELVIRA

Nosotros nos vamos también, ya es tarde. María Luisa, que te alivies, descansa.

MANOLO

Adios, chico.

CÉSAR VÍCTOR

Gracias, gracias a todos. Adios.

ESCENA ÚLTIMA

CÉSAR VÍCTOR Y MARÍA LUISA

CÉSAR VÍCTOR

Ya estamos solos, dime ¿qué tienes, qué te pasa?... ¿Por qué lloras?

MARÍA LUISA

César, César, abrázame, abrázame mucho, temo que te vayas de mis brazos, amor mío; pero no te irás ¿verdad?

¿Verdad que mi amor es más fuerte que todo?... ¿Que me querrás siempre, siempre?...

CÉSAR VÍCTOR

Vamos, cuéntame, estás nerviosa, serénate... pero, ¿qué te ha dicho ese majadero de Ramiro que te ha impresionado de tal modo?

MARÍA LUISA

Nada... Nada. No hablemos ahora de él. Hablemos de nosotros, sólo de nosotros.

¡Quién sabe si mañana tendrás un triste recuerdo que envenene tu alma!

¡César mío, mi César, deja que te llame mío, mío! ¡si te pierdo, que esta palabra sea mi última compañera!

CÉSAR VÍCTOR

Tuyo por siempre, me unió á tí el amor, única verdad de mi vida. Y esta verdad ilumina todo mi ser en radiante apoteosis de pasión.

MARÍA LUISA

Pues bien, esposo mío, yo quiero que en esta noche conozcas por completo mi vida, que sepas que he llorado mucho y he sufrido más. Y las lágrimas que se derraman de niña, cuando no se tiene padres, son amargas, muy amargas... Yo recuerdo todavía de pequeñita que, cuando lloraba por un juguete, por una muñeca, con besos secaba mi madre el llanto y eran tan dulces aquellos besos, que las lágrimas me bañaban el alma. Pero entonces tenía una madre, sólo las madres saben convertir las lágrimas en be-

sos. Mi madre murió y la noche de su muerte lloré mucho y aquellas lágrimas ya no hubo besos que las secaran... Llorar en silencio, sola, abandonada, cuando las lágrimas no suben á los ojos, sino que bajan al alma, es triste, César mío, es triste... y yo siento aún la tristeza de aquella noche.

CÉSAR VÍCTOR

Vamos, mujer, no recuerdes las desgracias pasadas, piensa en el presente, piensa en el porvenir que es todo felicidad.

MARÍA LUISA

¡El porvenir! ¡No, no! Quiero hablar del pasado, solo conociendo mi pasado podrás comprender las cobardías del presente.

Murieron mís padres. ¿Qué divina injusticia es la que ordena que los padres emprendan la marcha cuando los hijos necesitan de ellos para entrar en la vida? ¡Murieron mis padres! Mis tíos se encargaron de mí y me llevaron a su casa, una casa grande, severa; allí nadie reía, apenas si se

hablaba, todo el mundo era esclavo del orden; a mi tía dedicada a sus rezos y obras de piedad, no le quedaba tiempo para pensar en mí; el tío, sin ser malo, era uno de esos hombres que pasan por la vida sin prodigar ni palabras ni limosnas, y cuántas veces mi alma mendiga de amor desfallecía en los umbrales de aquellas dos existencias implorando unas migajas de cariño!

No podrás comprender toda la pena de mi juventud condenada a la más fría soledad; para mí no había expansiones de ninguna clase, para mí no había sino una amargura muy grande, una congoja muy honda.

Mi primo Ramiro..., pero no hablemos de él, le odio tanto, es tan miserable...

CÉSAR VÍCTOR

¿Qué dices, María Luisa?

MARÍA LUISA

No me mires así, por Dios, César Víctor, me haces mucho daño. No me huyas, ven,

ven... mi cabeza, mi pobre cabeza... qué peso tan grande!

Se despeina. La cabellera le cae por la espalda en suprema caricia.

Acércate, ayúdame. ¡Que suave es la caricia de tus manos! ¡Qué bueno eres, esposo mío y como te quiero! Ven... Aún me queda mucho que decirte, siéntate aquí, junto a mí...

CÉSAR VÍCTOR

María Luisa vuelve en tí, háblame claro, no me atormentes. ¿Qué misterio se esconde en el fondo de tus ojos, que mi alma tiembla?

MARÍA LUISA

Hoy no, hoy es día de querernos,. no quiero que tengas ninguna pena, quiero que me hables, que me cuentes tus cosas. Charlaremos como dos novios. La felicidad es tan

breve que debemos gozarla muy deprisa. Si tú me arrancaras la vida con un beso, me harías tanto bien, sería tan hermoso prolongar el ensueño en la eternidad... y después de muerta, sin hacer ruido me besarías las manos, los ojos que tanto te han mirado y no sentirías por tu muerta ni odio ni desprecio...

CÉSAR VÍCTOR

¡Odio, desprecio! ¿A qué suenan esas palabras? ¿Qué pensamiento esconden?... Pero estoy loco, estamos locos.

MARÍA LUISA

Por compasión, amor mío, no me mires así, ven, no me abandones, quiero que sepas que mi amor es tan grande como mi culpa..

CÉSAR VÍCTOR

Termina, habla de una vez para siempre que mi razón naufraga en la duda. ¡Habla, mujer, habla! ¿Qué has hecho, cuál es tu culpa? Pero ¡Dios mío! ¿A dónde vas, pen-

samiento? ¿A dónde vas, sospecha?... ¡Ramiro!...

MARÍA LUISA

¡Cesar, César mío!

CÉSAR VÍCTOR

Sí, es verdad, Ramiro dijo que hoy mismo sabría de él, que mandaría también su recuerdo. Este paquete que han traído últimamente pudiera ser...

Cogiendo el paquete que el criado en la escena anterior ha dejado en la mesa.

En efecto, aquí está su tarjeta. ¿Qué es esto? unas cartas, letra tuya!

MARÍA LUISA

Arrodillándose á sus pies.

César, óyeme, yo te diré todo, lo sabrás todo... pero deja esas cartas, mira, soy yo.

CÉSAR VÍCTOR

¿Qué hiciste, mujer? ¿Qué dicen estos papeles?

MARÍA LUISA

Que soy una infame, que te oculté una verdad terrible, que en el abandono de mi juventud fuí de Ramiro...

CÉSAR VÍCTOR

¡Miserable! Aparta. Déjame. Pero, es verdad y no te mueres de vergüenza!! ¡Mala mujer!...

En un acceso de desesperación le va á pegar y se contiene.

¡No!

MARÍA LUISA

Aquí me tienes, por favor, mátame, mátame...

CÉSAR VÍCTOR

Está bien. Es decir que yo soy un deshonrado, un imbécil; que mi mujer ha sido de otro hombre, que mi amor se ha alimentado del engaño, de la traición. ¡Muy bien! Y esta mujer vive y está al alcance de mi mano. ¡Cómo se reirán de mí, del necio!... Yo un deshonrado, seré desprecio de los malos y compasión de los buenos.

Y pensar que la amaba, que en mi corazón solo existía un nombre y era el suyo, que por su bienestar hubiera dado toda mi sangre... y era tan feliz, tan feliz...

MARÍA LUISA

¡César Víctor!

CÉSAR VÍCTOR

¿Qué has hecho mujer, qué has hecho? ¿Qué mal te hice yo? ¿Porqué has destrozado toda mi vida?

MARÍA LUISA

¡César Víctor, óyeme!

CÉSAR VÍCTOR

¡Calla!

MARÍA LUISA

¡No! Necesito hablar, el silencio es cruel; quiero que conozcas mi falta, quiero que sepas que te he sido leal, que te he amado como á un Dios. Que mil veces quise hablar, quise que conocieras mi pecado, pero mil veces enmudeció la conciencia! ¡Cuántas ocasiones, César mío, me acerqué á tí dispuesta á decirte la verdad, á confesarte mi desgracia, mi deshonra y las palabras morían de vergüenza y de pena! Te quería tanto, estaba tan sola en el mundo que mi único deseo era prolongar un instante más nuestro amor. Y un día tras otro día llegué á tí decidida á que conocieras la mancha de mi vida, á que supieras que no era digna de tí, y temblé. ¡Se lo diré mañana! así tengo un día más de felicidad. Era tan dichosa junta á tí que no tuve valor para hablar. Se necesitan más fuerzas para despedirse del amor que para despedirse de la vida. La noche que me hablaste de nuestro matrimo-

nio fué para mí de una terrible angustia, noche de dolor. ¡Cuánto lloré, César Víctor! La aurora me sorprendió bañada en lágrimas! O engañarte, ocultándote la verdad de mi vida, ó sacrificar mis sueños, mi juventud, mis ilusiones. La conciencia me decía: habla; el amor: calla. Y callé porque el silencio era la felicidad.

CÉSAR VÍCTOR

¿Cómo te habrás burlado de mí?

MARÍA LUISA

Por Dios, César Víctor, no me creas tan mala. Arráncame la vida, pero no me insultes.

CÉSAR VÍCTOR

Yo creí en tu amor y me dejé engañar por tus palabras... ¡Si hasta yo mismo me desprecio!

MARÍA LUISA

¿Dudas de mi amor? ¡No, eso no! ¡Dudar

de mi amor! ¡Si te engañé de tanto como te quería! Dime que soy una infame, una miserable... ódiame, despréciame; pero no niegues mi amor, ¡si este amor es la única disculpa de mi vida!

No sabes que yo te quiero con todos los amores de mis entrañas, que si fuí de otro no fué por voluntad de mí corazón. Vivía la misma casa que Ramiro, abandonada de mis tíos; mi carne fué suya, pero mi alma permaneció vírgen, mi alma se entregó á tí por entero, tuyas fueron todas mis ternezas, tuyos todos mis sueños.

No pido tu perdón, César mío, pero sí quiero tu disculpa. La sociedad es tan injusta con la mujer, nos deja indefensas y pretende que triunfemos. Mis pocos años, mi orfandad, mi inocencia misma, fueron las causas de mi caída.

CÉSAR VÍCTOR

¿Porqué dudo? ¿Porqué vacilo? ¿Porqué se derrumban mis creencias?

Quisiera hacer callar la voz de mi dignidad, creerte; pero no, tú has traído á mi casa la deshonra. Eres una mujer miserable!

MARÍA LUISA

Sí, es verdad, soy una miserable. Mi pecado no tiene perdón, sólo Dios perdona.

¡Quiero dormír, dormir mucho... mi cabeza, mi cabeza, ¡qué dolor!... quiero descansar, no pensar... Adios César Víctor, deja que te abrace por última vez...

CÉSAR VÍCTOR

Aparta.

MARÍA LUISA

¡Adios!

CÉSAR VÍCTOR

¿A dónde vas?

MARÍA LUISA

A buscar el perdón. A dormir un sueño largo, muy largo... El abrazo que ahora me niegas luego me lo has de dar.

¡Adios, César Víctor!

CÉSAR VÍCTOR

Ven. ¿Dónde está la verdad, conciencia, dónde está el honor?

Yo he querido romper de un tirón las ligaduras que me atan á una moral vieja, sombría, he querido domar las pasiones colocándome por sobre los convencionalismos entecos que hacen esclavo al hombre de una dignidad inspirada en el odio, en la destrucción, he querido ser libre, he predicado el amor y el perdón, estas dos divinas palabras que, salvando los abismos de la carne y del espíritu, ponen lumbraradas de fe en las conciencias y ahora que me encuentro frente á mis doctrinas soy incapaz de legitimarlas con el hecho. En vez de mirar hacia arriba, al cielo, hundo los ojos en las penumbras y siento que mi alma quiere volar, amar, perdonar siempre; pero sus alas baten desesperadas á ras de tierra... ¡Carne flaca, miserable!... ¿Porqué rechazo á la mujer que me ama, por un impulso de justicia ó por un atavismo enfermo, carcomido?... Ella es buena, honrada, ¡honrada, sí!... y es mía, sólo mía, sólo... ¡Lejos, idea maldita! ¿Mi honor

en peligro? ¡No! Yo haré un honor más diáfano, más cristiano... Afuera las verdades de trapo, afuera los prejuicios. ¡Dios dejaría de ser Dios si se negara á perdonar!

Mujer, has llegado al calvario y en el calvario te espera el perdón, el perdón más grande, más santo, más augusto que el honor. ¡El honor! ¿Qué es el honor? ¿Qué sentimiento traduce esa palabra contrahecha por las muecas humanas?

Ven, mujer, no á mis pies, á mis brazos, á mi pecho... pero no, todavía no, hay algo que se interpone entre nosotros, un abismo que nos separa: estas cartas, acusadoras de tu falta despiertan mis odios de hombre. Ellas serán siempre una acusación, atormentarán nuestro amor, envenenarán los besos de nuestra pasión... Espera, espera... Cristo es más grande en la casa de Simón que en el templo de Jerusalén.

Coge el paquete de las cartas y las quema.

Al fuego, al fuego purificador.
Más allá del honor el perdón...

MARÍA LUISA

¿Qué haces?

CÉSAR VÍCTOR

Volver á tí.

Se abrazan, en un doble abrazo de perdón y de amor.

TELÓN

IMPRENTA Y PAPELERIA
DE NARCISO DE VERA
NÚÑEZ DE LA PE-
ÑA 53 Y REY RE-
DONDO 43-TE-
LÉFONO 117.
LAGUNA